

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestre en casa de los comisionados, y 19 rs. al mes y 52 trimestre en la administración.—En el extranjero: 70 rs. trimestre.—En Ultramar: 90 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PRECIOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 33 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco española de D. C. A. Saaavedra, 55, Rue Taibout.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbítero y D. Quintín Zavideta.

PARTE EXTRANJERA.

El asunto que más llama hoy la atención de cuantos habitualmente se ocupan en la marcha de los negocios públicos de las naciones, y aun de muchos de los que ordinariamente los desdichan, es la llamada cuestión de Roma. Se acerca a más andar el día señalado para la salida de las tropas francesas de la Ciudad Eterna; dentro de dos meses se habrá cumplido el plazo; los italianos esperan con impaciencia este suceso, y cuentan con apoderarse del Capitolio pocos días después; el Gobierno pontificio no ha descubierto hasta ahora cuáles son sus planes, ni sus temores, ni sus esperanzas; Napoleón III calla mientras el hecho de la evacuación de Roma se da por seguro, y las Potencias católicas permanecen indiferentes, al menos a la faz de las naciones, y mucho sospechamos que también en secreto.

¿Qué va a suceder en la capital del orbe católico después del día 15 de Diciembre en que dejará de ondear en ella la bandera francesa? Hé aquí el tema sobre que discurren sin excepción, así los diarios católicos como los revolucionarios. El excelente periódico de París, *Le Monde*, publica acerca del mismo un interesante artículo en el que leemos lo siguiente:

Los católicos están angustiados: nada menos que la libertad de sus creencias está en peligro. Ciertamente saben que la Iglesia no perecerá, pero recuerdan que antes de su triunfo pasó por el martirio y vivió largo tiempo en las catacumbas, y aun llenos de valor como lo están no pueden pensar sin estremecerse en la posibilidad de volver a aquella condición. Poco importa que se repita hasta la saciedad que aquellas persecuciones son de otra edad, que la civilización contemporánea no toleraría semejantes atrocidades; el ejemplo de la Iglesia de Polonia desmiente las falsas promesas. Allí existe una Iglesia a la que se prometió también la libertad, y sin embargo se la destierra, se la aprisiona, se la martiriza y se ahoga sus clamores en los calabozos, y Europa pasa indiferente al lado de semejante espectáculo sin manifestar para con las víctimas más que una estéril compasión. Es, pues, posible que vuelvan las persecuciones, y si no se ejercieran con los procedimientos crueles inventados por Nerón o Diocleciano, una administración más completa, una centralización más estrecha, una policía más hábil en sus medios harían más eficaz el sistema que quisiera emplearse para estorbar las relaciones del Padre Santo con los fieles, alterar la verdad de sus enseñanzas, turbar las conciencias, dividir las, y estrechar las proporciones del reino de la fe.

Tales son las desgracias que temen los católicos. Al lado de esos temores, preciso es confesarlo, se descubre una esperanza en ese horizonte tan sombrío y tan cercano. En apariencia nada hay que la justifique; los acontecimientos parecen que siguen su curso sin que nada los detenga, y puede deducirse que el programa oficial de Italia y el programa secreto de la revolución se llevarán a término. Pero la historia de estos últimos meses nos ha acostumbrado a lo imprevisto y si pueden determinarse los acontecimientos futuros por cálculos de probabilidad, no pueden fijarse con gran certeza las consecuencias de que ellos dependen.

No son sólo los católicos los que se muestran intranquilos. Los mismos revolucionarios, por grandes que sean sus fuerzas y por bien tomadas que estén sus medidas, esperan también con ansiedad el día de su última batalla. Los clamores de la oración católica que en el universo entero, en Roma, en Francia, en Inglaterra y en América, se elevan al cielo los desconciertan. Como los judíos delante de Cristo crucificado, dice: «Llama a Elias, veamos si Elias vendrá a librarle». Elias no vino a librar a Jesucristo pero después de algunas horas de tinieblas, Jesucristo salió lleno de gloria de su sepulcro, fundó un Imperio que se ha extendido por toda la tierra, y los judíos dispersos, hace diez y ocho siglos, giran al rededor de ese triunfo sin comprenderlo y tratan de reanudar los restos de su nacionalidad dispersa y no destruida.

Pero la Providencia es impenetrable en sus designios y nadie puede prever lo que sucederá de aquí a dos meses. Humanamente, la cuestión de Roma la más grande de cuantas se han agitado en los siglos es insoluble.

Este es el estado de la cuestión; cuanto se discurre es en vano. Solo sabemos de cierto que Roma es la capital del mundo católico y que por esto mismo la revolución la ha puesto cerca, no ciertamente en interés de los romanos de quienes se cuida tan poco como de los francforteses y palermitanos, sino por que sabe que destruido aquel trono, el derecho quedará sin base, la justicia sin defensa, la libertad sin asilo. Grandes motivos son estos para que los católicos redoblen sus oraciones y aumenten su fervor.

Los diarios revolucionarios comienzan a insultar violentamente a la legión franco-romana que acaba de ir a ponerse al servicio del Papa; pero por fortuna esos insultos no producen otro efecto que avivar el celo de aquellos valientes soldados. El Gobierno, enviándolos a Viterbo, ha concedido a la legión un puesto de honor. La provincia de Viterbo parece que será la pri-

mera atacada por los revolucionarios al aspirar el plazo designado en el convenio de Setiembre. En el interior de la ciudad y en la provincia, los enemigos son numerosos y auxiliarán poderosamente a los desterrados y a los sicarios reunidos en Orrieto.

Escriben de Roma que la administración militar francesa se ocupa en disponer lo necesario para la salida de las tropas. El material de los hospitales se ha expedido ya en parte, y todos los miércoles salen destacamentos de soldados para ir a embarcarse. Dicese que el general Montebello ha anunciado al Padre Santo la salida de todo el ejército para el 15 de Diciembre.

Los diarios italianos hablan de los sucesos ocurridos días atrás en Verona. Según los más exaltados, los responsables son los austriacos que llevaron muy a mal que el pueblo se permitiera ciertas demostraciones de alegría, como victorear al Rey Víctor Manuel y fijar algunos pasquines inofensivos; según otros, que nos parecen más imparciales, el populacho provocó realmente a la guarnición austriaca con gritos injuriosos y aun propasándose a vías de hecho. La prueba de que no tenían la culpa los soldados austriacos, está en que la Guardia nacional se esforzó por contener a los que los provocaban y rogaban a los soldados que despreciaban aquellas manifestaciones que desaprobaba toda la ciudad.

La ciudad de Palermo está consternada por la manera con que los piamonteses castigan a los revolucionarios. Cuantos individuos fueron cogidos el día 22 con las armas en la mano ó con cartuchos u otra señal que indicase que habían tomado parte en la insurrección, fueron fusilados inmediatamente, sin forma alguna de proceso. En el instante en que se los cogía, se los hacía arrodillar y se los despachaba. Los generales piamonteses habían dado orden de fusilar en su nombre, y hasta los sargentos tenían facultades para fusilar.

Continúan las prisiones en masa en todas las clases de la sociedad por denuncias y sospechas. Sobre todo los Sacerdotes y los religiosos, son los más acusados de haber promovido la insurrección, y el Gobierno dirige contra ellos sus persecuciones.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

LISBOA, 16.—Ha tenido lugar un gran combate entre las tropas del Brasil y las del Paraguay. Las del Brasil, que ocupaban una posición importante sobre el flanco del ejército enemigo, han obtenido toda la ventaja del combate. Las tropas del Paraguay perdieron 2,400 hombres.

PARÍS, 16.—Despachos de Egipto dicen que las aguas del Nilo han tenido una crecida extraordinaria, causando algunos destrozos. El Gobierno egipcio toma apresuradamente medidas para impedir las inundaciones.

Las tropas turcas han ocupado en Candia posiciones importantes delante de Apesonio, centro principal de la insurrección.

FLORENCIA, 16.—Las tropas italianas han entrado hoy en Verona, y el 19 lo verificarán en Venecia.

PARÍS, 16.—Continúa la baja, aunque no hay acontecimiento alguno que la promueva ostensiblemente. El 3 por 100 ha descendido 20 céntimos, y ha quedado a 63.80. El 4 1/2 ha cerrado como ayer, a 96.90.

De los fondos españoles sólo se ha cotizado oficialmente la diferida a 53.

Los consolidados ingleses se han cotizado de 89 1/2 a 90, lo mismo que los días anteriores.

PARÍS, 16 a las cinco de la mañana.—El *Moniteur* de hoy dice:

«Según los informes turcos, que alcanzan a la fecha del 12, ningún nuevo encuentro había ocurrido hasta esta fecha en Candia.

Las tropas otomanas habían empezado a ejecutar un movimiento ofensivo con objeto de emprender el 14 un ataque contra Apesonio, centro principal de la insurrección.

La desunión principiaba ya a manifestarse entre los insurgentes.

FRANCIA.—Sin embargo de haber hablado ayer en nuestro periódico de la segunda carta pastoral del señor Obispo de Orleans con motivo de las inundaciones, y sin perjuicio de volver otro día a exponer algunas reflexiones sobre ella, no creemos que nuestros lectores lleven a mal que les demos hoy a conocer el texto de este bellísimo documento, el cual dice así:

«Señores: no es feliz la época en que estamos, no; el año que llega ya a su término, no se contará en el número de los años dichosos, y en el patriotismo, la Religión y la humanidad han tenido que derramar muchas lágrimas.

(El Prelado hace aquí una viva pintura de las inundaciones que han afligido a Francia, y en especial a su diócesis, y de los sacrificios hechos por el Clero y los institutos religiosos en favor de las víctimas. Después continúa.)

Pero pregunto segunda vez: ¿cuál es el poder de ese elemento terrible, inexorable, que todo lo arrastra delante de sí, que todo lo derriba burlando-

se de nuestros trabajos, rompiendo todos los obstáculos, y al cual los diques más fuertes sólo parecen que contienen para hacer que se precipite cada diez años con violencia más espantosa? ¿A quién obedecer? ¿Quién le envía? Demasiado lo olvidamos, señores, y Dios nos lo recuerda de tiempo en tiempo por medio de golpes en que es preciso reconocer su soberanía, mostrándonos que, de buen ó mal grado estamos en su mano; que El es el Señor de todo, y que seguirá siéndolo.

Sepamos al menos acordarnos de El y de su Providencia cuando esos azotes nos visitan, y después de haber gemido sobre estas desgracias que hieren a todo un país, y de haberlas aliviado hasta donde podamos, preguntémoslos a nosotros mismos si algo por nuestra parte las ha provocado, si hemos hecho que llegue al cielo alguna gran iniquidad que trae sobre nosotros su justicia.

En cuanto a mí, señores, ante las desgracias que súbitamente y como el rayo acaban de caer sobre nosotros, me es imposible seguir mi camino sin mirar hacia lo alto: me veo forzado a fijar allí mi pensamiento, y os invito a reflexionar conmigo sobre las presentes desgracias y sobre tantas otras que ántes nos han ocurrido ó que para adelante nos amenazan.

Cuando considero lo que pasa en este momento en el mundo, un recuerdo evangélico surge en mi corazón y se apodera de todo mi ser, obligándome a señalar hasta qué punto las espresiones de que se sirve Nuestro Señor para anunciar las malas épocas, se adaptan por una coincidencia perfecta a los tiempos en que estamos y a los azotes que nos hieren.

Nuestro Señor habla en el Evangelio de aquellos tiempos en que sólo se oirá hablar de luchas y de revoluciones: *Cum audieritis prædia et seditiones: de guerra y de rumores de guerra: bella et opinionibus bellorum*, y en la que también debe haber terremotos, pestes y hambres amenazadoras: *et terree motus magni erunt, per loca et pestilentie et fames*.

Y vuelvo a preguntaros: ¿Cómo dejar de sorprenderse y de encontrar en estas advertencias de Nuestro Señor algo de lo que hoy vemos y estamos sufriendo?

Yo no soy seguramente de esas almas que desfallecen, que no saben sino asustarse y gemir, produciendo a su alrededor un espanto indiscreto. Sé, por otra parte, que en esta sociedad envejecida hay nobles almas todavía, virtudes cristianas, fuerzas vivas que rejuvenecen para el bien; sé cuántas tempestades ha sufrido la Iglesia de Jesucristo a través de los tiempos y de las edades, y cuántas nuevas tiene aun que pasar.

Pero veo también que el mal crece y toma proporciones nunca oídas. Y si Fenelon en el siglo XVII pudo exclamar presintiendo la revolución francesa: «El día de la ruina está próximo, y los tiempos se apresuran a llegar; yo, al ver también el torrente que crece, no puedo dejar de conmovirme.

Lo digo firmemente: he pasado por muchos días malos, pero no he encontrado ninguno tan amenazador como estos en que estamos.

He oído en estas últimas épocas gritos irreligiosos como nunca llegaron a mis oídos, y puedo decir con San Pablo: El misterio de la iniquidad se está formando. *Mysterium jam operatur iniquitatis*.

Hace diez años que la iniquidad ha tomado entre nosotros un carácter espantoso, el que San Pablo definió tan concisa como energicamente en estas palabras: *Extollitur super omne quod dicitur Deus aut quod colitur: todo lo que es Dios, religión, culto, se ve hoy perseguido por la impiedad, que se encarna en todas partes, hasta un punto y con audacia tal que nunca se había visto cosa semejante.*

Si, cuanto más pienso en ello, señores, más encuentro en las palabras de Jesucristo y de las Santas Escrituras que acabo de citar, materia de grave y necesaria meditación, en medio de todas las desgracias que hemos sufrido y de las que aun estamos temiendo.

Porque, en fin, ¿es dado ni aun a las cabezas más ligeras y que menos reflexionan separar sus miradas de los azotes que nos están consternando?

¿Cuánto tiempo hace que la guerra estaba desolando dos grandes países, mientras nosotros la estábamos también temiendo? ¿Y en estos momentos no oís por todas partes, a pesar de los tratados de paz, rumores de guerra? ¿No veis que en todas partes los pueblos recurren apresuradamente a armamentos formidables, a instrumentos de destrucción que el pasado no conocía? De suerte que las invenciones más mortíferas se propagan con una emulación febril entre los pueblos europeos, y marchan a la cabeza de los progresos de la humanidad.

Y al mismo tiempo que las calamidades de la guerra caían sobre dos poderosas naciones, un azote más terrible aun, la peste, el cólera, paseaba y pasea todavía por toda Europa sus extragos misteriosos; penetraba en nuestra Francia, cubría de luto nuestras más populosas ciudades, y en estos momentos ronda a nuestro alrededor, como el león de que habla la Escritura: *Circuit quærens quem devoret*.

Aun hace poco tiempo que un espantoso temblor de tierra cubría de ruinas una de nuestras más florecientes colonias, la Guadalupe, y aun no habíamos terminado las cuestiones que la solicitud del Gobierno nos pidió para ese gran desastre, cuando se hacía necesaria otra cuestión para nuestra co-

lonia africana que veía pasar sobre ella nubes de extraños invasores, formidables legiones de langostas que todo lo devoraban, formando el desierto a su paso. Y entre nosotros, en el centro de Francia, después que un terremoto conmovió de pronto nuestro suelo, nuestros ríos llegan a desbordarse y pasean la devastación por sus orillas.

Pero aun hay otra cosa que tiembla mas que el suelo que nos sostiene, y es la sociedad en que vivimos: los males sociales se desbordan y nos inundan de un modo más amenazador que nuestros ríos.

Las doctrinas impías y revolucionarias ya no siguen sordamente su camino bajo la tierra; también han roto sus diques, y no sé que poder misterioso las desencadena y las estimula. Se les ve hoy seguir su obra como nunca lo han hecho, es decir, con una tranquilidad y una seguridad del éxito que ya no trata de ocultarse. Así los azotes del orden social se dan la mano con los azotes del orden físico, y ¿hemos de admirarnos de ello, cuando se ve el estado de las almas y de las conciencias? En lo alto de la sociedad se ve esa elegante y espantosa corrupción de que de tiempo en tiempo nos habla la prensa; abajo se sienten las pasiones más amenazadoras que apenas se contienen; en todas partes surge el desbordamiento de los mas subversivos errores, la guerra a Dios y a la Iglesia, mas universal, mas encarnizada que nunca.

Si, y hé aquí sobre todo lo que me asusta y me hace temer para los últimos días de este siglo las últimas calamidades. La guerra a Dios y a la religión toma mayores proporciones de día en día; el ateísmo marcha con banderas desplegadas, y bajo este punto de vista el siglo XVIII ha quedado muy atrás. ¿Hay quien dude de ello? Pues escuche.

Día por día nuevos rumores de esa guerra llegan a todo el mundo, dan en los ojos y en los oídos a todos los que ven y a todos los que oyen. Recordad, señores, como señales del tiempo en que estamos, sólo algunos hechos entre tantos otros que podrían citarse: el Congreso de los estudiantes en Lieja; el Congreso internacional de los obreros en Ginebra; la francmasonería y esa demagogia italiana que ha encontrado ¡ay! ó comprado tantos ecos en Francia.

«Guerra a Dios! Tal es el grito de impiedad loca dado en ese Congreso de Lieja por jóvenes alimentados con doctrinas, cuyos maestros, aplaudidos y mimados por la fortuna, florecen hoy entre nosotros.

Lo he dicho há poco tiempo en una *advertencia a los padres de familia*, y los hechos han venido pronto a darme la razón: todos esos jóvenes y elegantes filósofos, todos esos gallardos escritores que destilan el veneno con una mano blanca y lo presentan en copas doradas a la juventud, son en este punto, los principales y primeros culpables. La juventud de Lieja no ha hecho sino traducir en un detestable, pero franco lenguaje, las doctrinas panteístas, materialistas y ateas de esos señores.

Pero para medir la grandiosidad del mal y el estrago de las doctrinas propagadas hoy en la juventud, es preciso atender a los pormenores, prestar oído al acento mismo de las palabras, observando el espantoso acuerdo que se ve entre esos jóvenes de Lieja, los obreros de Ginebra, los francmasones de París y los revolucionarios italianos.

Uno de esos jóvenes se declara desde luego francamente materialista, y exclama que todo hombre de progreso tiene que ser hoy lo que él es.

Otro no titubea en decir que con el espiritismo no existe la moral...

Otro que la moral evangélica es falsa y fatal; que es preciso eliminarla de la enseñanza de la juventud, porque conduce a la depravación de los ánimos.

Y continuaba: «La discusión está entre Dios y el hombre, y es necesario hacer saltar la bóveda del cielo como si fuera un techo de papel».

Otro de aquellos jóvenes, un solidario habla de establecer un culto que se llame el ateísmo. Lo que quiere en el orden religioso es la ruina de toda religión, la negación de Dios; en el orden social la ruina de la propiedad, la abolición de la herencia; y ¿quién realizará toda esa obra? La revolución a la que define, uno, «materia que está en fusión semejante a la lava de los volcanes»; otro «rayo que iluminará, dice, aquellos a quienes hiera».

Por último, exclaman: «Que no haya más autoridad ni más fuerza que la fuerza revolucionaria. Y para eso uno de ellos, en la última sesión que tuvo lugar en Bruselas, decía:

«Si la propiedad resiste a la revolución, es preciso por decretos del pueblo acabar con la propiedad; y si hay necesidad de guillotina, no retrocederemos; y si la clase media resiste, acabaremos con la clase media. Ciudadanos, ya lo sabéis: la clase media es un conjunto de ladrones y asesinos, y la revolución es el triunfo del hombre sobre Dios. Así, pues, ¡guerra a Dios! ¡odio a la clase media! ¡odio a los capitalistas!

Las mujeres no deben quedar fuera del movimiento revolucionario, porque Eva fué la primera que dió el grito de sublevación contra Dios.

Hablo de la guillotina, pero sólo quiero concluir con los obstáculos. Si 400,000 cabezas son un obstáculo, que caigan; que caigan, si, porque nosotros no tenemos más amor que hacia la *colectividad humana*.

Después de esos abominables discursos, como ningún orador pidiera ya la palabra, el ciudadano presidente se levantó y dijo:

«Hemos asistido a una *fiesta fraternal*; no quiero dar gracias a nadie, porque todos tienen la conciencia de haber cumplido con su deber, y esto basta».

Si, seguramente basta.... aun cuando aquí solo se tratara, señores, de un lenguaje de estudiantes, la cosa sería ya horrible; pero ese Congreso se inauguró por el primer magistrado de la ciudad de Lieja, por un antiguo ministro que en su discurso de apertura llamaba a aquellos jóvenes «lo más selecto de la juventud estudiosa, los jóvenes apóstoles de la libertad y del progreso, los soldados de la civilización, los representantes más autorizados y más dignos de los principios de la conservación social».

Y por otra parte, como ya lo hemos dicho, esos jóvenes no eran allí sino el eco de enseñanzas detestables; nuestros profesores de ateísmo son los que en Lieja hablaron por sus labios. Otra cosa debe especialmente sealarse aquí, según queda dicho, y es el llamamiento de esos jóvenes a los obreros, el concierto de los obreros con esos jóvenes. Se proclamó en su Congreso que la revolución se salvaría por la alianza de los estudiantes y de los obreros, y hé aquí que muy luego, recientemente, otro Congreso internacional, compuesto de obreros, tiene lugar en Ginebra; y hé aquí que en la discusión de las cuestiones capitales para las masas del pueblo y de las sociedades, se separa de la discusión a Dios y a la Religión, ¿sabéis por qué? ¿Creéis que por respeto? Pues nada de eso: «porque Dios es una hipótesis metafísica é inútil, y porque se ha reconocido que las ideas religiosas son funestas al pueblo y contrarias a la dignidad humana».

En ese mismo Congreso se planteaba la cuestión de la *moral independiente de la religión*, se hablaba de organizar en Europa una inacción inmensa é invencible de los obreros, y se rechazaba la intervención de toda autoridad y de todo Gobierno en la cuestión social. «Hé aquí, según el mismo periódico, la libertad, el torrente que sube y que dentro de veinte años lo cubrirá todo», y hé aquí también, según otro periódico le llamaba, una francmasonería nueva, cuyos afiliados llegarán un día a contar por millones de hombres que reciban la palabra de orden de un comité oculto; hé aquí la revolución capital del Congreso de Ginebra!

Hace aun pocos días que los periódicos nos traían también otra revelación de esa guerra profunda, emprendida de concierto contra la religión y la sociedad. Ya no se trata aquí de palabras, de doctrinas; se trata de sustraer al hombre de la religión en todos los momentos de la vida, y especialmente en la hora solemne de la muerte, y se organizan comités de ese objeto. En una de las lógicas masónicas establecida hace tres años se ha querido formar un comité: ¿sabéis para qué? Para arrojar a la religión del lecho de los moribundos.

Dicen sus estatutos: «Los miembros del comité se comprometen a morir fuera de todo culto religioso. Propónense también practicar públicamente esos principios, y propagarlos por todos los medios morales y materiales que sirvan para el objeto».

Por lo demás, para esas lógicas, las religiones reveladas son la negación de la conciencia, y ya se ve que la identidad entre estas opiniones y las del Congreso de obreros de Ginebra, es completa.

Y estos *libres pensadores*, según la calificación que ellos se dan y que se entregan en cuerpo y alma al comité, abdican en sus manos la razón y la conciencia; y ese comité, empleando el más odioso de los despotismos, les declara ligados y obligados para con él, de tal suerte que sólo él vele a su cabecera, de modo que en aquella hora el moribundo no tenga a su lado ni padre, ni madre, ni hijo, ni hermano, sino el francmasón; no existirá para él lazo de Religión ni de familia; no habrá nada sino ese comité y su tiranía.

¿Os admira, señores, el oír estas palabras! pues sabedlo: ese despotismo impío es la última palabra, el objeto supremo de la democracia irreligiosa y socialista; y ese es a mis ojos el mayor peligro de los que en estos momentos nos amenazan, porque, gracias al profundo estravio de esa democracia que se complace gratuitamente en ahondar el abismo entre ella y nosotros, se prepara la tiranía de las almas bajo el nombre de libertad; se trata de renovar bajo otra forma, la obra de la Convención de 1793.

La instrucción gratuita y obligatoria, separada, como se la quiere y se trabaja por conseguirlo, de la religiosa, sería el instrumento más inicuo y más violento de esa tiranía para con todos los hijos del pueblo, y, si es necesario, algún día lo demostraré.

En fin, para completar este triste cuadro, ¿será necesario que os recuerde que ayer mismo el héroe de la demagogia italiana, ese hombre ridículo, cuya influencia excede en mucho a su persona, ese Garibaldi renovaba en Florencia con una insolencia que aplaudían los ministros de Víctor Manuel, sus antiguas amenazas contra la Iglesia, contra Roma, contra el Papa? «Amigos míos, decía a sus camisas rojas; en tanto que no queden vencidas las sotanas, la patria no será libre ni feliz. Y en vano añadia que no deseaba la muerte de nadie, porque ya se sabe cómo ha aplicado esta teoría en Nápoles y otras partes. Y ese es el mismo hombre que decía a los estudiantes de Pavia: «Amigos míos, es preciso acabar con el vampiro sacerdotal, es preciso exterminar las sotanas, es preciso extirpar de Italia el cáncer del Pontificado, es preciso aplastar al Clero con las losas de las calles.» Y hoy que

vuelve de la guerra victoriosa en diez derrotas, se hace el suave por un instante, y se contenta con decir: «No vayáis a Misa, porque si vais, dareis a los Curas medios de perjudicarlos.»

Después, volviéndose a los enganchados de Roma, y recordando su acento de costumbre, añade: «No pasará el año, así lo espero, sin que volváis a Roma, libertada ya del yugo odioso del sacerdocio.» Y M. Ricasoli, el jefe del Gabinete italiano, estaba allí y aplaudía; así lo dicen los periódicos, y si no es así que lo desmienta.

Deténgome aquí, porque ya comprendéis que no puedo descender a otros detalles revelando otras cosas que os horrorizarían aún más.

Un día llegará en que el porvenir señale ese acuerdo profundo y amenazador entre las doctrinas religiosas y las doctrinas revolucionarias, y a la vez la coincidencia de todos esos azotes del orden físico, moral y social, con esa guerra encarnizada que se hace a Dios, y con ese último atentado contra la Iglesia, cuyo término fatal, señalado por los revolucionarios, viene sobre nosotros los cristianos, estupefactos e inmóviles.... No puedo, señores, dejar de decirlo: nuestros enemigos tienen un arte singular para adormecernos; hénos aquí con los brazos cruzados, sin atrevernos siquiera a presentar las protestas del honor.

Sin duda esas protestas serán impotentes; pero al menos serían vengadoras; si, vengadoras, porque siempre quedará degradado aquello que el honor y la conciencia degradan, y los culpables llevarán por siempre tal estigma que no pueda ser borrado. Pero como si todo debiera consumarse en el silencio, nos miramos, nos callamos, y esperamos la catástrofe inevitable, del mismo modo que estos días desde lo alto de nuestros puentes contemplábamos tristes e impotentes al río que crecía, y crecía siempre arrastrando consigo propiedades y cosechas.

Y Dios nos advierte, y nada comprendemos: Dios nos castiga, y nada comprendemos: las pestes en los animales y en los hombres, las guerras, los terremotos, las inundaciones vienen sobre nosotros en competencia, y nada comprendemos; se proclaman las doctrinas más perversas, se proclaman los principios que amagan como astros extraviados nuestras cabezas, y nada comprendemos. Ya se comprenderá un día, pero ¡ay! demasiado tarde, porque, querámoslo o no, es preciso que se realice la ley providencial del mundo, por la cual, y lo mismo en las sociedades que en los individuos, sigue siempre según lo decían los mismos paganos, la justicia a la iniquidad. Anda lentamente, pero con seguridad.

Esta ley tiene sin duda sus misterios, y Dios la aplica como le parece, sin que conozcamos sus secretos: lo que se sabe es que la ley es segura, que nadie escapa a su acción, y que, más pronto o más tarde, al mal sigue la desgracia.

Justitia elevat gentes, miseros autem facit populos peccatum. La justicia eleva a los pueblos, pero el pecado los hace infelices. La historia lo proclama con la misma elocuencia que el libro sagrado, y cada siglo lo atestigua como si la Providencia le encargara que lo repitiera a las generaciones irreflexivas, como aquel gran culpable de los antiguos tiempos.

Discite justitiam moniti et non timere deos. Que la sublevaron llegue al último término, que se amontonen sofismas sobre sofismas, no por eso se arrojará a la Providencia del mundo, ni a la justicia de Dios de la historia.

La historia exacerará a los que han traído y consumado los atentados de que somos testigos. Se sabrá qué cuesta a un siglo el llevar la mano sobre el Cristo del Señor, y lo que cae alrededor de esa columna conmovida del orden, de la justicia y de la sociedad. Si se me llanará si se quiere un profeta de desgracias, pero poco importa; lo que se prepara en Europa es espantoso; yo no lo veré, pero lo anuncio. Sépanlo los defensores del Papa: sean lo que sean, han sido los defensores de la sociedad en peligro.

Si los católicos de todos los países, si los cristianos de todas las comuniones, si todos los hombres de orden, todos los que piensan y tienen un corazón se dejan cegar y adormecer, si se nose comprenden que es necesario un gran acuerdo entre todos los hombres honrados, todo se ha perdido.

Dios que es a veces tan formidable en su justicia, es más admirable aun en su misericordia. Dios hiere, pero cura. *Percutit et sanat.* Deja caer al hombre y a las sociedades en los abismos, pero los saca al llegar su hora. *Deducit ad infernos et reducit.* Ha dado a las naciones la calidad de poder sanar. *Sanabiles fecit nationes orbis furarum:* y aún hoy en nuestro país, si se dedican al bien, bastantes fuerzas generosas y bastantes virtudes que concluyan con el mal.

En cuanto a los que creen que al ponerse en frente de las fuerzas subversivas se les contendrá, se hallan en un error fatal. ¡Oh! ligereza del espíritu francés, tan pronto para turbarse como para olvidar la causa de su espanto. ¿No os acordáis de 1848? ¿Está hoy el suelo más firme que entonces? ¿Se amenaza menos el torrente revolucionario, engrosado por todos sus triunfos?

Señores: en tal estado de cosas, en medio de las desgracias pasadas y de los peligros futuros, siento la necesidad de decirlos que ha llegado el tiempo de hacer que suba a Dios más apremiante que nunca el grito de nuestras oraciones.

Si, oramos; oramos, señores. Ya no sabemos orar: no sabemos levantar los ojos y las manos al cielo; olvidamos cuán poderoso es el auxilio de la oración que conmueve al cielo y separa los golpes de la justicia divina. ¡Dios mío! ¡No lleves a cabo vuestras amenazas! ¡Oh Dios mío! ¡No dejes caer sobre nosotros vuestro brazo irado! ¡Librados del mal, Señor, causa primera de nuestros castigos, y de esos mismos castigos, y dadnos la paz para nuestros tristes días. *Libera nos a malo: Da pacem Domine in diebus nostris.*

Por estas causas Nos ordenamos lo que sigue: 1.º Hasta fin de la Cuaresma próxima todos los Sacerdotes recitarán en la Santa Misa las oraciones *Quicumque necessitate.* *Santa Misa, pag. 59.* (Siguen otras disposiciones análogas.) Orleans, 9 de Octubre de 1866.

INGLATERRA.—El Gobierno anglo-americano se ha quejado de haber sido presos en Irlanda algunos anglo-americanos acusados de felonismo. Pide que se les forme causa. Se asegura

que el Gobierno inglés pondrá en libertad a todos los fenianos que puedan probar sus derechos al título de ciudadano anglo-americano si se comprometen a abandonar a Irlanda para no volver más a ella.

MÉJICO.—El *International* publica las siguientes noticias que dice haber recibido de Nueva-York:

«El general mejicano Santa Ana ha negociado un empréstito de 5.000.000 de duros con varias casas de Nueva-York: ha comprado seis buques para los juaristas y enviado 2.000 hombres que desembarcarán en la costa mejicana. El ministro de Negocios extranjeros anglo-americano Mr. Seward ha empleado toda su influencia para conseguir una liga entre Santa Ana y los fenianos. Los periódicos americanos aseguran que el Emperador Maximiliano había dado contraórden para la evacuación de Sonora, pero el jefe francés que había ya embarcado sus tropas no quiso desembarcarlas.»

«Escriben de París que puede darse por segura y próxima la completa evacuación de Méjico por los franceses. También aseguran que si este suceso tiene lugar, los franceses, como ha dicho *El País*, no se retirarán sin quedarse con una garantía de que los sacrificios que han hecho, serán pagados. Se espera la abdicación de Maximiliano y que Francia conseguirá que el nuevo Gobierno, sea el que fuere, garantice los créditos franceses.

Dice la *Gaceta de Trieste*: «Ayer llegó a Miramar la Emperatriz en un vapor del Lloyd. El reposo casi absoluto de que podrá gozar en aquella hermosa soledad, así como la cariñosa solicitud y esmero con que la cuidarán sus adictos servidores, dejan entrever la esperanza de que las sombras que oscurecen su privilegiada inteligencia se disiparán prontamente. Ha sido llamado un médico famoso de Milan. Desde el momento que llegó la augusta enferma está rigurosamente prohibida a todo el mundo la entrada en los jardines de Miramar.»

PRUSIA.—Dícese en Berlín, que el Rey de Prusia va a ser proclamado Emperador de Alemania, y que este acto será el primero que ejecute el Parlamento alemán cuando se reúna en Enero.

«Las cuestiones pendientes entre la corte de Berlín y la ciudad de Francfort han tenido una solución definitiva. Prusia renuncia a la contribución de guerra que impuso, y los seis millones ya recaudados se emplearán en obras públicas de interés para Francfort, entre ellas la construcción de un puente y de un acueducto. A lo que Prusia no renuncia es a privar a los habitantes de Francfort del derecho de librarse por dinero del servicio de las armas. Esta ley no rige, sin embargo, más que para los jóvenes nacidos en 1850.

RUSIA.—En San Petersburgo han desmentido las noticias dadas por algunos periódicos alemanes relativas a que ha hecho dimisión el ministro ruso, y a que el Emperador Alejandro estaba enfermo.

TURQUÍA.—Un despacho de Constantinopla anuncia que la Puerta ha prometido a los candidatos una amnistía, proposición que los insurrectos se han apresurado a aceptar.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 17 DE OCTUBRE DE 1866.

DE LA DECADENCIA DE ESPAÑA

EN EL SIGLO XVII.

Artículo II.

Nada más cómodo ni sencillo; nada más conforme a la superficialidad de la ciencia que entre nosotros se estiló, que el sistema de nuestros adversarios para explicar el árduo problema de la decadencia de España después del reinado de Felipe II. Con cuatro frases huecas acerca del *fanatismo religioso*, de los *horrores de la Inquisición*, del imperio de la *teocracia*, etc., etc.; con cuatro hechos mal comprendidos y peor interpretados, a saber, la expulsión de los judíos, la de los moriscos, los autos de fe, la amortización eclesiástica y el celibato religioso, han salido del paso.

No importa que el establecimiento del aborrecido y calumniado tribunal haya coincidido con la era de nuestra mayor prosperidad, que la expulsión de los judíos se haya verificado en el siglo XV, ni que antes de Carlos II el *Hechizado* hubiese frailes y monjas, clérigos célibes y *manos muertas*; los eruditos a la violeta, los *sábios* de nuestros días seguirán gritando: *fanatismo, Inquisición, intolerancia*, y hecha queda la filosofía de la historia, aplicada a la dominación de la casa de Austria en España.

El protestantismo, el espíritu revolucionario, el orgullo de los extranjeros, no exige más. Todos ellos se han vengado de la *fundada* Isabel, del *tirano* Felipe II y del *monstruo* llamado duque de Alba, de Pavia, de San Quintín y de Lepanto, con la doble satisfacción de verse servidos en su venganza por manos españolas, por escritores católicos de nombre, por descendientes de los quemadores de herejes, de los alguaciles del Santo Oficio.

La crítica pseudo-filosófica de nuestros días tiene que ser muy poco escrupulosa al examinar esta época y contentarse con los susodichos lugares comunes, con declamaciones de este jaez; porque a poco que se reflexione y trate de profundizarse en la materia, se hallará, no solo la chocante contradicción de que los hechos por los cuales se intenta explicar la decadencia han coexistido con nuestra portentosa elevación, sino lo que para el espíritu anti-católico es más sensible, que el protestantismo es una de las causas principales de la postroación de nuestra Monarquía.

La tesis puede parecer atrevida en una época en que el racionalismo protestante ha hecho pasar como verdades axiomáticas las más groseras

calumnias históricas; más no por eso es menos cierta. Para demostrarla sería preciso recorrer la historia de España a la luz de la verdad católica, con verdadera filosofía, obra superior a nuestras débiles fuerzas, é impropia además de la índole de estos artículos. Nos contentaremos con algunas ligerísimas indicaciones.

Nadie puede negar que España presenta rasgos singulares que la distinguen de las demás naciones. Nuestro pueblo parece un pueblo escogido por Dios para grandes destinos relacionados todos con la causa católica. Los primeros pobladores de la Península cuyos restos se conservaron, y aun se conservan en Navarra y las provincias Vascongadas, trajeron y guardaron la religión natural, el culto del verdadero Dios hasta la venida del Prometido de las naciones, del Esperado de las gentes, del Divino Verbo encarnado en las purísimas entrañas de una Virgen. Navarro y vascongados, que todos forman una misma raza, restos como hemos dicho, de la raza primitiva, adoraban a un Dios vivo, espiritual, designado en su lengua con el significativo nombre, con el nombre bíblico y cristiano de *Altísimo* ó *Señor de lo Alto*. Nunca la idolatría de los extraños logró extinguir en ellos el conocimiento de esta primera verdad. Tan singular privilegio nos pone en las manos la clave de grandes misterios.

Casi todos los pueblos de la tierra han perdido la memoria de sus primitivos fundadores: en la mayor parte de las naciones europeas han desaparecido hasta los monumentos de sus aborígenes; ¿qué significa que sólo el pueblo español después de las sucesivas invasiones de celtas, fenicios, griegos, cartagineses, romanos, vándalos, suevos, alanos, godos, árabes y moros tenga hoy el monumento vivo de su primitiva población, con su idioma mismo y hasta con el sabor de sus sencillas costumbres? ¿Se ha meditado bastante en lo singular, en lo prodigioso de este hecho que no tiene igual sino en la conservación sobrenatural y milagrosa del pueblo judaico? ¿Se ha pensado en el raro fenómeno histórico y naturalmente inexplicable, de que este pueblo haya sido siempre adorador del verdadero Dios? ¿No está indicando que una nación tan maravillosamente protegida por la Divina Providencia está llamada a maravillosos destinos enlazados con la causa de Dios, que es la causa de la Iglesia Católica?

Pues de este hecho que el naturalismo histórico no puede negar, vamos a saltar a otro de que se burlarán sin duda los racionalistas; pero que a pesar de sus burlas es innegable. La Virgen María, la Madre de Dios vino en carne mortal a las orillas del Ebro y se apareció al Apóstol Santiago. Demos de barato a los incrédulos de nuestros días que el hecho no sea cierto: no negarán al menos que desde los tiempos más remotos se ha creído tal por toda la cristiandad; y si no, que calculen cuántos siglos se necesitan para formar a besos el hueco, la concavidad que se nota en la adorada columna de jaspe del Pilar de Zaragoza.

Otro privilegio singularísimo de que goza, ó para conceder a los racionalistas todo lo que piden,—de que cree gozar el pueblo español. Único pueblo que conserva aun sus aborígenes; único pueblo, con excepción del judaico (que ya no es pueblo), que conservó constantemente el culto del verdadero Dios; único pueblo milagrosamente visitado, ó si se quiere, que se cree milagrosamente privilegiado con la visita de la Virgen María, de la Madre de Nuestro Divino Redentor.

Este pueblo, en cuya fisonomía se advierten ya desde la cuna rasgos tan particulares, y que desde los primeros albores del Cristianismo se presenta con la unción divina de un llamamiento especial hacia la fe católica, se convierte a ella rápidamente: se ve conquistado por razas hiperbóreas y las hace cristianas; se ve dominado por Reyes arrianos, y los hace católicos, y el Catolicismo de los visigodos produce, como lo confiesa Cayetano Cenni, los Reyes más católicos, los Obispos más celosos, los Concilios más autorizados, la Iglesia más santa de todas las Iglesias particulares. Produce además un Código de leyes anterior a todos los de la cristiandad; al de los italianos, franceses y alemanes, y el mejor entre todos los Códigos nacionales, como prueba Masdeu.

Para que nada le falte como escogido y como fuerte, tiene que ser probado en el fuego de la adversidad.

La calamidad que sobre él cayó a principios del siglo VIII, fué tremenda, fué espantosa. En un día se vió conquistado por infieles, en un día se vió cautivo de los musulmanes, sin Reyes, sin Gobierno, deshecho, triturado, sin existencia propia. Y aquel día de desolación, de ruina general, aquel día que parecía el último de España, es el primero de la verdadera monarquía española.

Aquí sí que tienen que bajar los ojos los indiferentistas, los mal encubiertos protestantes de nuestros días. ¿Cómo, sin los prodigios de la fe, sin la exaltación del espíritu religioso, sin eso que llaman *fanatismo, intolerancia y superstición*; cómo, sin una predestinación especial hubiera podido fundarse la monarquía de Isabel y de Fernando, de Carlos V y Felipe II en las concavidades de una roca, para emprender una campaña de ocho siglos contra los enemigos de la Religión, que eran al propio tiempo los usurpadores del territorio hispano?

Los hechos hablan ya con toda claridad: el destino de España es ser católica, y lo fué; el destino de España es ser tanto más feliz, cuanto más católicamente es gobernada; y por eso,

cuan to más ardiente es su fe, son tanto mayores su prosperidad, su genio y poderío.

Así y solo así puede explicarse cómo los brazos de una mujer, sólo porque eran los de una santa, toman la monarquía de entre los pies de las naciones y la colocan de improviso a la cabeza de todos los pueblos.

Sale triunfante España de tan ruda prueba, y principia otra mayor.

En los tiempos de Isabel la Católica, concluye la época de las guerras parciales del error en su múltiple forma de islamismo, de cisma y de heregia, y comienza la era de la guerra general contra la Iglesia en forma de protesta.

El protestantismo lo abarca todo; es el *mare magnum* de todos los errores, de todos los vicios, de todas las malas pasiones. Combate toda autoridad; la espiritual y la temporal. Su enemigo espiritual es la Iglesia, fuente de toda verdad, de toda virtud, de toda santidad. Pero ¿dónde estaba el enemigo corporal del protestantismo? ¿Dónde el brazo secular de la Iglesia? ¿Dónde el pueblo campeón de la fe católica?

España victoriosa del error parcial, emprende la lucha contra el error universal; España que ha terminado en la Alhambra una epopeya sabe que la vida de las naciones cristianas, como la vida del hombre sobre la tierra, es una perpetua milicia, y desnuda el acero de Granada para emprender otra epopeya de siglos que no ha concluido todavía.

A la guerra general correspondía la resistencia general; y así lo comprendieron Carlos V y Felipe II, adelantándose a su siglo con admirable prevision; héroes cuya grandeza va creciendo con los tiempos; profundos políticos cuyo pensamiento no cabe todavía en el espacio que media desde el siglo XVII hasta el XIX, y que por lo tanto, si bien hoy se adivina, no podrá ser debidamente apreciado hasta los siglos futuros.

«Antes que sufrir la menor quiebra del mundo en lo de la religión y del servicio de Dios, decía Felipe, perderé todos mis Estados y cien vidas que tuviese; porque yo ni pienso, ni quiero ser señor de herejes.» Estas palabras, que los escritores protestantes han recogido para lanzárselas al rostro en son de vituperio y de horror, nosotros las escribiríamos con letras de oro y las pondríamos en la frente del fundador del Escorial como su más rica y espléndida diadema.

Los siglos venideros le harán completa justicia. Ya nosotros estamos en el caso de vislumbrar todo lo vasto y magnífico de una política en alto grado profunda y previsora, que consiste en considerar el protestantismo no como una heregia cualquiera, sino como la raíz de todos los errores, como el receptáculo de todas las heregias, como el campamento universal donde son ansiosamente acogidos todos los soldados aventureros de Satanás, cualesquiera que sean sus armas y banderas.

Estas verdades son hoy muy conocidas y serán patentes a los ojos del mundo entero dentro de breves años; pero el mérito grande de Carlos V y de Felipe II es haberlas adivinado en los siglos XVI y XVII; es haber previsto que el protestantismo no era una heregia común, ni un cisma cualquiera, y que adoptando las múltiples formas de Proteo, había de introducirse en el seno mismo de los pueblos católicos, en la filosofía, en las leyes, en las costumbres, y que de la protesta religiosa cuyo iniciador fué Lutero, había de pasar a la protesta filosófica, que reconoce por padre a Descartes, y a la protesta política, formulada en el *Contrato social* de Rousseau, enjendradora de la revolución francesa y de todas las revoluciones análogas que tras ella han venido.

Así Carlos V, así Felipe II emprendieron la guerra universal al protestantismo, y para combatirlo con éxito y vigor en todo el mundo, sus brazos abarcaron el mundo entero.

Luchaban en Alemania, luchaban en Flandes, luchaban en Italia, luchaban en Francia, luchaban en el archipiélago de Grecia, luchaban en África, luchaban en América y luchaban, por último en España, en su propia casa, donde el artero enemigo se les quería introducir para herirles en el corazón mientras estaban distraídos fijos los ojos en la extensión de la tierra, convertida en campo de sus glorias.

Los que les echan en cara haber favorecido y fomentado el Santo Oficio, no hacen más que tejérsela una nueva corona y confirmar sus timbres a la luz de la razón y de la verdadera filosofía. Los que acusan a Felipe II por haber prohibido a los españoles ir a estudiar a países protestantes ó contaminados de tan ponzoñoso virus, nos obligan a admirar tanta prevision, tanta prudencia, tan profundo conocimiento del error y de los medios de combatirlo, dotes que sólo se explican, ó por inspiración divina, ó por un inmenso talento de primer orden.

¿Cuántas desgracias, cuántas calamidades, cuántos horrores se hubieran evitado no solo en España sino en toda Europa, en el mundo entero, si así como a Isabel la Católica sucedió Carlos V, y a Carlos V Felipe II, a Felipe II hubiera sucedido otra Isabel, a ésta otro Carlos V, y a éste un nuevo Felipe II!

La empresa era de gigantes, y para llevarla a cabo se necesitaban brazos gigantes.

¿Qué culpa tiene la Inquisición de que los sucesores de los héroes de Granada, de Pavia y San Quintín, se llamasen, Felipe III, Felipe IV, y Carlos II? ¿Qué culpa tiene de que en pos de los colosos del catolicismo viniesen miserables pigmeos, incapaces de empuñar las riendas del Estado, que abandonaron a favoritos sin talento

y sin conciencia para vivir en la ociosidad ó en la molición?

F. NAVARRO VILLOSLADA.

Leemos en El Reino:

«El PENSAMIENTO ESPAÑOL puede despacharse a su gusto escribiendo nuevas series de artículos sobre la polémica que tiene pendiente con el señor Borrego.

No otros ya hemos dicho, y repetimos hoy, que suspendemos por ahora la publicación de los artículos de nuestro distinguido amigo, y que por nuestra parte tampoco pensamos continuar esta polémica.»

Los artículos que escribe EL PENSAMIENTO ESPAÑOL son contestación a la carta del señor Borrego, que insertamos en nuestras columnas, carta que exigía respuesta, tanto por cortesía como por amor a la verdad.

Por lo demás, EL PENSAMIENTO procura dar a sus artículos sobre la Inquisición el menor carácter posible de polémica, y el lector puede considerarlos como estudios sobre el punto más curioso y al propio tiempo más trascendental de la historia de España.

Un periódico examina un folleto recientemente publicado por Mr. Carlos Garnier, en que se ponen de manifiesto las grandes miserias de Italia y las manipulaciones de los revolucionarios de aquel país eminentemente autónomo y amante fanático de la libertad, como dicen sus admiradores.

Para que se comprenda el verdadero espíritu del movimiento político italiano y cuánta fe merecen los gritos, sino de entusiasmo, de rabia, con que atruenan los oídos de Europa los unitarios y anexionistas de aquel país, vamos a transcribir un párrafo cuyo autor de seguro no adivinarán nuestros lectores:

«De todos los Estados de Italia, Nápoles es el primero que ha tenido la dicha de construir é inaugurar líneas férreas. Hace ya algunos años que las locomotoras circulan entre Castellamare, Nápoles y Capua. El Gobierno de Nápoles abriga grandes proyectos.... Las agitaciones revolucionarias producen siempre funestas consecuencias, pues cuando los gobiernos se ven atacados por las pasiones populares, sólo tienen tiempo para pensar en su defensa: si esto sucede por desgracia en Italia, ninguno de los grandes trabajos hoy tan indispensables podrá realizarse. ¡Suplicamos, pues, a todos los verdaderos amigos de nuestra querida patria se agrupen cada vez más en derredor de LOS TRONOS LEGÍTIMOS que tienen en el suelo italiano profundas raíces!»

Estas palabras fueron escritas y firmadas el año 1846 por el conde de Cavour en un periódico intitulado *La Revue Nouvelle*.

Escusamos hacer comentarios sobre este hecho; todo el mundo conoce al conde de Cavour, y sabe que murió cuando soñaba con apoderarse de la Ciudad eterna. ¡*Quantum mutatus ab illo!* como dice M. Garnier en el epígrafe de su folleto.

Sigue luego el autor refiriendo una verdadera crónica escandalosa de todas las infamias y venganzas cometidas en aquella tierra clásica de las *virtudes cívicas*, y cita entre otras cosas los siguientes párrafos tomados del *Pópulo di Italia* del año 1865:

«De un informe redactado por el tribunal de Hacienda resulta que el ministro Minghetti Peruzzi ha expedido VEINTIOCHO MIL pagarés completamente ilegales.

Todos conocen el siguiente hecho tan significativo que el mismo Sr. Sella no se atrevió seguramente a desmentir.

«Un mismo pagaré ó vale del Estado fué registrado y cobrado VEINTIDOS VECES por la administración de Hacienda.»

Y termina Mr. Garnier refiriendo esta anécdota parlamentaria que puede arder en un candil. La recomendamos a los aficionados a este género:

«Algunos meses antes de la muerte de Cavour, un ex-ministro francés que se hallaba a la sazón en Turín fué a visitar al célebre conde. En la conversación el francés habló de las dificultades que una fracción considerable de la Cámara iba a suscitar al gobierno.

«Por única contestación el conde de Cavour se levantó de su asiento y fué a abrir en un mueble inmediato un cajón lleno de oro que se puso a remover con ambas manos. El hombre de Estado francés, que había comprendido perfectamente aquel movimiento, dejó escapar una irónica sonrisa de duda; pero el conde de Cavour le indicó entonces con un gesto tristemente triunfante, un *paquete de cartas que se hallaban encima de su bufete*.... TODAS ESTABAN FIRMADAS POR CONOCIDOS MIEMBROS DEL PARLAMENTO ITALIANO, que aparecían como intratables opositores en público y que eran realmente en secreto miserables mendigos.»

Mediten profundamente nuestros lectores sobre estos hechos, y podrán hacer todas las vastas deducciones a que se prestan.

Las correspondencias que se reciben de Roma aseguran que en medio de la agitación que reina en todos los ánimos por causa del próximo cumplimiento del convenio del 15 de Setiembre, nuestro Santísimo Padre se muestra sereno, confiado é inalterable hasta el punto de ser la admiración de las personas más profundamente conocedoras de la gravedad de la situación.

Dícese que el Cardenal Antonelli quiso saber qué pensaba Napoleon hacer después de la retirada de las tropas francesas, si los italianos atacaban a Roma, y parece que el Emperador dió la seguridad de que los franceses volverían a ocupar sus puestos. Después trató también de averiguar de la Emperatriz la conducta de Francia en caso de una sublevarción interior.

La contestación de la "ilustre española" fue esta:

«Si eso aconteciera, dicenme que dijo la Emperatriz Eugenia, yo iría con mi hijo a servir de escudo a Su Santidad, y mis lágrimas no podrían menos que el interés católico para mover a mi esposo.»

La *Epoca* completa las anteriores noticias con el siguiente párrafo:

«Nuestro corresponsal continúa refiriéndonos otros pormenores, de que juzgamos oportuno prescindir, y en lo relativo a la legión francesa, asegura que el Gobierno de Su Santidad está ya pesoso de no haber aceptado los cuatro o cinco mil hombres que en un principio se ofreció poner al servicio de la Santa Sede, porque calcula que los mil ya reunidos en Viterbo no pueden prestar ningún apoyo eficaz.»

Efecto de este convencimiento deben ser los trabajos que en Irlanda y en Bélgica se hacen para alistar voluntarios, lo cual está de acuerdo con una noticia que nuestro corresponsal nos dice tener de persona muy íntima del Cardenal Antonelli, y según la cual, este había consultado a las Potencias católicas sobre su disposición a enviar un pequeño contingente de tropas que presentara a la capital del Orbe católico bajo la protección combinada de las Potencias.

Ignoramos hasta qué punto sea cierto este hecho.

La gravedad de la cuestión es inmensa y no hay otra que pueda competir con ella en importancia.

Continúa *El Pabellón Nacional* hablando de Portugal, y continuamos nosotros limitándonos a copiar lo que dice el diario moderado.

En su número de hoy copia las siguientes líneas de *La Correspondencia*:

«Según nos escriben de Portugal, la formación del campamento de Tancos, que tanto preocupa la atención de algunas personas, no tiene la significación que se le ha querido dar por los que suponen que pudiera germinar a orillas del Tago la planta allí exótica de la política de Bismarck. El pensamiento que ha dominado al formar el campamento es tan solo el de dar una ocupación más propia de su instituto al ejército, cuyas condiciones militares se debilitan en la prolongada paz con la vida de guarnición. El ministro de la Guerra, que es joven, ilustrado y emprendedor, ha iniciado y realizado la idea del campamento, consiguiendo un doble resultado: el de facilitar la práctica de los ejercicios de campaña y poner las tropas en condiciones más en armonía con las de otros ejércitos de Europa, y dar posición digna a dos generales de la oposición que se hallan hoy al lado del Gobierno. Este resultado lo va consiguiendo aquel Gobierno con muchos hombres de Estado portugueses, merced a la conducta conciliadora que sigue.»

Después de lo cual escribe *El Pabellón* lo que sigue:

«Damos por bueno y valioso cuanto afirma *La Correspondencia*, siquiera sea por el placer que sentimos cuando todo resulta de una manera pacífica y amistosa según y como resultar debe; pero nos permitimos ser menos optimistas que el diario de noticias, y aunque ninguna duda ni sobresalto es posible abriguemos porque nuestros vecinos formen los campamentos que a bien tengan, estamos muy distantes de creer que la política a que el diario de noticias se refiere sea una planta completamente exótica en las orillas del Tago.»

Allí como en casi todos los países existe un número reducido, es verdad, de sonadores de aventuras, a quienes el ejemplo de otros éxitos felices hace creer que todo en el mundo puede arreglarse, porque usando distintas formas y teniendo el apoyo o la indiferencia, según los casos, de alguno o algunos poderosos, es posible lograr la consecución de deseos impracticables; y allí también se agitan algunos que a ciertas imaginaciones calenturiantes les han hecho concebir la ilusión de que todo en nuestros días es hacedero, teniendo en cuenta los dolorosos espectáculos que con harta frecuencia desventuradamente se repiten entre nosotros. Se engañan, sin embargo, esos ilusos, porque como decía Napoleón I, «España es un viejo soldado de los tiempos caballerescos que duerme sobre su antigua espada de combate.»

No dudamos, por lo demás, que las intenciones del Gobierno portugués sean las que *La Correspondencia* dice, pues no otra cosa puede esperarse de vecinos leales y honrados, y además aquel Gabinete sabe mejor que nadie a lo que debe atenderse; pero es de notar que en un país amigo se permitan, faltando a la buena correspondencia, los escritos que nuestro colega deberá conocer y de que estos días nos hemos ocupado, a los cuales sin duda se referirá el citado periódico en las siguientes líneas que publica anoche:

«Se habla de reclamaciones presentadas por nuestro gobierno al de Portugal con motivo de algunos artículos publicados por aquellos periódicos.»

Los amigos del Gobierno niegan que se hayan hecho semejantes reclamaciones ni que se trate de presentar queja alguna.

No tenemos encargo ni mucho menos de negar ni conceder nada de lo contenido en las anteriores líneas; pero si diremos por nuestra propia y exclusiva cuenta, como siempre, que ciertos hechos no deben pasar por completo desapercibidos y que a los países, todos interesa por su decoro propio que nadie permita censurar lo que respetan dentro y fuera de sus límites.

Por último, aconsejamos a *La Correspondencia* lea con detenimiento los números de *El Internacional* que en estos días nos llegan, y de cuyo contenido pensamos ocuparnos muy en breve, y no olvide que el diario transpirenático reúne a una reciente y marcadísima animadversión a España, íntimas relaciones en determinados círculos y profundo conocimiento de los planes y propósitos de ciertos elevados personajes.

La España por su parte contesta al último párrafo copiado de *La Correspondencia* lo siguiente:

«Sin que nosotros pretendamos revelar lo que que haya de cierto en las indicaciones de *La Cor-*

respondencia, porque ni siquiera hemos procurado averiguarlo, bastanos conocer la legislación que rige en Portugal sobre imprenta, para inclinarnos a creer que no se haya exigido a aquel gobierno lo que no tiene en su mano dar. Es sin duda una desgracia, mas para los portugueses que para los españoles, que sus leyes no les permitan poner un saludable freno en la boca de los maldicientes cuando faltan a las reglas del decoro y a las conveniencias que se respetan en todo país culto. La libertad de insultar con alevosía bajo la salvaguardia del anónimo, es una conquista que solo puede conducir a la mas abyecta y repugnante anarquía.»

RECTIFICACION.

En la carta primera al Sr. Carramolino se puso varias veces *ojar por ojar*, que es la palabra que significa mirar desde alto.

Donde dice: «no solamente lo contó, sino que lo escribió D. Pelayo, se omitió una línea que decía: «con otras cosas que alcanzaban hasta el fin del siglo XII, desatino garrafal.»

Según *El Diario de Tarragona*, había regresado ya de Madrid a aquella ciudad la comisión del ayuntamiento, cuyo objeto en la corte fue tratar con la dirección general de impuestos indirectos el encabecamiento de los consumos de Tarragona. Después de largas conferencias se cerró el contrato bajo el tipo de 76,000 escudos anuales para el Tesoro, por espacio de tres años.

S. A. R. el infante D. Sebastian sigue en el real sitio de Aranjuez, y su estado, aunque bastante delicado, es más satisfactorio.

En la sesión celebrada ayer por la junta superior de ventas de bienes nacionales, fueron adjudicadas 2,019 fincas, cuya tasación para la subasta era de unos 16 millones de reales, y cuyo valor en remate excedió de 23 millones.

Un periódico noticiario dice que después del arreglo de las capellanías colativas, tan adelantado ya que en breve se remitirá a Roma, el señor ministro de Gracia y Justicia realizará otro arreglo no menos trascendental, a cuyo fin ha celebrado ya algunas conferencias con el representante de Su Santidad en Madrid. Estas noticias parecen que se refieren al arreglo general del Clero parroquial, al que seguirá otro arreglo completo de diócesis hasta el puntual cumplimiento del Concordato.

Dentro de poco tiempo se publicará por la dirección de telégrafos una instrucción dando aclaraciones sobre el modo de aplicar la disposición de 50 de Marzo de 1864, referente a la forma en que pueden establecerse y sostenerse las estaciones telegráficas al servicio de los pueblos o de los particulares.

Un telegrama de Bayona anuncia que los duques de Tetuan han salido ya para París.

Han sido nombrados los señores D. Manuel Moreno, D. Pascual Lopez, D. Pablon Millan y don Joaquín Antonio Bona para los curatos vacantes en Zaragoza de las iglesias de La Seo, San Pablo, Santa Cruz y Santiago.

En Palma de Mallorca se esperaba a la escuadra inglesa luego que esta terminara su cuarentena en Mahon. Un diario de aquella ciudad dice que se esperaba la llegada de otros muchos buques de guerra.

El mercado de Rioseco presenta un estado muy lánguido por la carencia casi en absoluto de vendedores, por hallarse en su generalidad ocupados en las operaciones vinícolas y en las de la sementera, habiendo además otras dos razones y de alguna consideración, para que no vayan con sus trigos a aquella plaza: es la una la imposibilidad que tienen de trasportarlos a causa de los desperfectos del ferrocarril, y la otra que los precios actuales no llenan sus deseos, teniendo fundadas esperanzas de vender el trigo a 50 reales la fanega.

El señor Obispo de Mallorca ha salido de Palma para administrar la Confirmación en varios pueblos de la diócesis.

Se han suspendido las operaciones que se venían practicando para recomponer el cable entre Jávea e Ibiza, por efecto del mal estado que presenta y por hallarse roto en tres puntos. Será indispensable proceder a reemplazarle por otro nuevo; pero teniendo presente lo desfavorable de la estación actual para esta clase de trabajos, es regular no se emprendan hasta el año próximo.

Ha sido nombrado tesorero de Hacienda pública de Málaga D. Carlos Taboada.

Dice *El Principado*, diario de Barcelona:

«Anteanoche la sesión del ayuntamiento terminó a las once y media, y quedó acordado administrar la cobranza del derecho de consumos desde el día mandado por el Gobierno, nombrándose una comisión presidida por el M. I. señor alcalde-corregidor y compuesta de los Sres. Reig, Rovira, Serret, Vedruna y Durán, para entender en el nombramiento de empleados. Continuaron discutiéndose las proposiciones presentadas para suprimir la línea fiscal, en cuya tarea dice que seguirá ocupándose la comisión. Parece que entre los proyectos presentados figuran algunos extraordinarios por su trascendencia: un proyecto establece una contribución sobre los perros, coches y otros objetos suntuosos; otro grava al inquilinato, otro toma por base la capitación y otro la cantidad del espacio respirable en cada vivienda.»

A lo cual contesta un diario ministerial:

«Creemos que todos estos proyectos son únicamente divagaciones que alejan el asunto de su verdadero terreno, puesto que las corporaciones municipales carecen de atribuciones para sustituir el impuesto de consumos con otros que no están dentro de los límites establecidos por nuestro sistema tributario, si bien pueden hacer en las tarifas algunas modificaciones o acudir al reparto ve-

cial con arreglo a los principios que tiene marcados la legislación vigente.»

Con fecha 15 del corriente nos escriben de Vinaroz lo siguiente:

«Día fausto y solemne para Vinaroz el 12 de Octubre de 1866. Época formará en los anales de este pueblo ese gran día. Era el destinado para la solemne inauguración de la Real Archicofradía de la guardia y oración al Santísimo Sacramento, la cual hacían desde algunos meses cincuenta vecinos de esta villa, siempre que el Señor estaba expuesto.»

Y en verdad que en un pueblo y atendido lo caminito del tiempo que alcanzamos, difícilmente podía hacerse una función de un modo más magnífico y grandioso, ni que más agradara y sorprendiera a la vez a este católico vecindario.

Tres años van a cumplir, que Vinaroz, mi cara patria, tuvo la felicidad y dicha incomparable de recibir y oír la Santa Misión, que presidía el ilustre señor Canónigo lectoral entonces, de la iglesia catedral de Tortosa, Dr. D. Benito Sanz y Forés. Tantas fueron las simpatías que en Vinaroz excitaron los misioneros, muy especialmente el nombrado señor Sanz; tan grata memoria dejó por sus apostólicos trabajos, y tanto efecto le profesa esta villa, que difícilmente podía proporcionársela mejor orador sagrado y que más grato le fuera para solemnarizar Vinaroz la inauguración de la mencionada Congregación. A él fué encargado el sermón que había de predicarse en tan solemne y feliz día, que aceptó bondadoso; pero cuyo encargo no ha podido cumplir hasta el día 12 del que rige; ni el señalamiento de la fiesta pudo hacerse sino breves días antes.

No obstante la premura por el poco tiempo disponible, y los escasos fondos con que la Archicofradía contaba, vimos adornado nuestro hermoso templo parroquial como en los mejores días y en las fiestas más solemnes; merced a las limosnas con que, sin distinción de personas, han contribuido los vinarocenses.

Antes de amanecer, como en los días de la santa misión, la campana llamó a los fieles al templo, que ávidos de oír la divina palabra de boca de nuestro antiguo misionero presurosos acudían en gran número y le llenaron de tal modo, que más no se podía. Aun hay fé en mi pueblo, decíame, al ver henchido el templo de fieles en tan temprana hora. Mucho bien puede hacerse aquí con un trabajo meditado y continuo.

Celebróse el santo sacrificio de la Misa, y concluido este, (serían las cinco y cuarto), subió al púlpito el Sr. Sanz y Forés, que no sólo había convenido en predicar en la gran función, si no que quiso dirigir su palabra a la gente del campo y de trabajo ántes de sus ordinarias faenas, supuesto que más tarde no podrían oírle.

Naturalmente el primer recuerdo del orador, y el de los oyentes fué la santa misión. Con claridad y sencillez, pero con sentidas expresiones como nacidas del corazón, nos manifestó que iban a cumplir tres años, que desde aquel mismo púlpito nos dirigía la palabra en la santa misión; y el tiempo transcurrido y los que durante él habían finado; unos que se aprovecharon de la divina palabra, y algunos que no quisieron oírle, sirviendo de exordio a su exhortación, en la que demostró la brevedad de la vida, la certeza de la muerte y la inseguridad de su hora, deduciendo de ello la necesidad de estar preparados para cuando el Señor nos llame; pero con razones tan claras y convincentes, que hubiéramos querido las escucharan todos los pueblos, y esperamos en Dios que no serán perdidas para el de Vinaroz.

A las siete se tuvo la Misa de comunión, acercándose a la sagrada mesa los congregados y un gran número de fieles.—«Qué banquete más grande, qué dicha la de los convidados, cuánta dignación y misericordia por parte de Dios!!!»

Un vulgar general de campanas anunció más tarde al pueblo la gran solemnidad que iba a principiarse.

¡Conmovedor espectáculo presentaba el templo! Sus puertas hubieron de abrirse de par en par, para que la gente, que ya en él no cabía, se colocara frente del mismo. El altar, adornado con vistosas colgaduras e iluminado magníficamente; el piso alfombrado con verde follaje y aromáticas flores; el reverendo Clero había principiado tertia a cantar pausada y solemnemente, alternando con las melodías de nuestro hermoso órgano; todo este bello conjunto decía ya mucho al alma cristiana, embelesada con tan tierno, religioso y magnífico espectáculo; y los fieles se prosternaron profundamente conmovidos al descubrirse a Jesús Sacramentado, ante cuyo altar daban ya la guardia dos congregados.

En la Misa mayor, celebrada con gran solemnidad, con la solemnidad que acostumbra en las grandes fiestas nuestro reverendo Clero, subió por segunda vez en este día a la cátedra sagrada, el predicador de S. M., Sr. D. Benito Sanz y Forés, quien en un bellísimo discurso manifestó el objeto de la festividad, el fin de la archicofradía, deberes cristianos que en ella se cumplen, y ventajas que se reportan. Excitó en sentidas y convincentes razones a ingresar en la confraternidad de la Guardia y Oración al Santísimo Sacramento; por manera que, a mi ver, será cristiano tibio o dominado por el miserable y cobarde *qué dirán*, el que, pudiendo, a ella no se aliste.

No necesitamos decir que el Sr. Sanz y Forés estuvo a la altura del asunto y de la merecida reputación que disfruta de gran orador.—Al finalizar su sermón, nos anunció el Sr. Sanz que, deseoso de que el vecindario se aprovechara más y más de sus exhortaciones, predicaría también por la tarde, después de vísperas. Grata sorpresa para un auditorio que con tanto placer le oía, y una prueba más del celo apostólico del Sr. Sanz.

A probar que el pecado es el mal mayor, ó más propiamente el único mal, se dirigió el tercer sermón pronunciado por el Sr. Sanz en este memorable día; a encargarnos que nos apartemos del mal y obremos el bien, cumpliendo los mandamientos de la santa ley de Dios que profesamos, reasumió todos sus consejos.

Felices los que han oído al Sr. Sanz y Forés en los tres sermones que predicó al pueblo de Vinaroz en ese día grande! ¡Más felices los que habiendo oído cumplir sus consejos y perseverar en la senda que conduce a una felicidad que no tendrá fin!

¡Feliz mi pueblo si Dios misericordioso oye las oraciones que diariamente le dirige para su conversión el Sr. Sanz y Forés! Así sea, Así sea.

Vinaroz, 15 de Octubre de 1866.—Un Vinarocense.

AGOSOS MOZOS asciende el número de los eximidos de la quinta de 1865, pagando los 8,000 rs. fijados para la redención del servicio militar, si bien hay que rebajar de esta cifra 18 depósitos efectuados con aquel fin, cuyos interesados fueron después declarados libres por las autoridades competentes.

En la Iglesia de Santo Domingo en Almería se cometió un robo hace pocos días llevándose los ladrones las alhajas del templo. Uno de ellos fué preso, pero el que cargó con la mejor parte del botín no había sido habido.

Se ha concedido la cruz de Isabel la Católica al director del instituto de Vitoria, D. Ramon Rios.

A los diputados generales de Guipúzcoa Sres. Acilona y Larrañaga, se les ha conferido la cruz de Carlos III.

Según refiere un periódico, acaba de hacerse un descubrimiento arqueológico de grande importancia para los orígenes del Cristianismo, por un viajero escocés. Mr. Keim Johnson, dice un periódico de Edimburgo, recorriendo la Judea ha encontrado en la localidad actual de Tell Hum la antigua sinagoga de Capernaum, donde predicó un día Nuestro Señor Jesucristo. Es por consiguiente el único edificio que existe de los visitados por Jesucristo, y no está mal conservado, atendidos sus 1866 años de vida.

Un eclesiástico suizo, muerto el invierno último, M. Mathys, ha dejado una obra escrita en veintinueve idiomas.

El Sr. Magaz, director general de contribuciones, ha sido nombrado gentil-hombre de cámara, cuyo cargo juró en manos de S. M.

El consejo de gobierno y administración del fondo de redención y enganches del servicio militar ha tenido la amabilidad de enviarnos un ejemplar de la Memoria que acaba de publicar, correspondiente al año económico último, que es el sexto de su creación.

El Sr. D. Agustín Perales, director general de Agricultura y Comercio, ha tenido la bondad de remitirnos la Memoria escrita de orden del Gobierno sobre las inundaciones del Júcar en 1864. La Memoria escrita por el Sr. D. Miguel Bosch y Juliá forma un tomo muy abultado, en el cual se hacen reseñas orográfica, geológica, meteorológica, hidrográfica, agrícola y forestal, al mismo tiempo que se consiguen datos importantes y se proponen los medios de conjurar los siniestros de esta naturaleza.

Ha fallecido en París el conocido capitán Sr. D. Luis Mariátegui.—R. I. P.

Parece que de un día a otro debe abrirse el pago en la tesorería de la Real casa para dar a las pensionistas del monte-pío el segundo tercio del año actual.

El domingo tendrá lugar la consagración del señor Obispo de Orense en el templo de las Salesas viejas.

La junta municipal de Beneficencia, por razones de economía, ha trasladado sus oficinas a la calle del Rollo, núm. 5, piso principal.

Ha sido nombrado procurador de la Real casa y patrimonio el que lo es de los tribunales de esta corte D. Andrés Reiter.

En la Academia Bibliográfico-marina, se ha verificado el certamen póstico de 1866.

He aquí los títulos y lemas de las composiciones que por la comisión de examen se han designado como merecedoras de premio.

Laud de plata y oro.—Ha debido quedar sin adjudicación.

Citara de plata y oro.—La Aurora de Covadonga. Lema: «Ecce virgo concipiet et pariet filium. Isai 12. c. 4.»

Primer acesit.—Nuestra Señora de Covadonga. Lema: «Auxilium christianorum.»

Segundo acesit.—El hijo del Califa. Lema: «Ecce tu pulchra es, amica mea: ecce tu pulchra es: oculi tui columbarum. Cant. 1. v. 14.»

Lira de plata.—A la Virgen de Covadonga. Lema: «Campamento de seguridad. Hugo de Sag Victor.

Primer acesit.—A la Madre de Dios en Covadonga. Lema: «Si ego glorifici meipsum, gloria mea nihil est.

Segundo acesit.—A Nuestra Señora de Covadonga. Lema: «Mi socorro viene del Señor que hizo el cielo y la tierra. Psal. 124.

Lirio de plata.—Tributo de amor a María Santísima en Covadonga. Lema: «Montes fluxerunt a facie Domini. Judic. c. 5. v. 5.

Primer acesit.—A María Santísima en Covadonga. Lema: «Pulchra tu luna, electa ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata. Cant. Cant.

Segundo acesit.—Mis cantares. Lema: «Exaltationes Dei in gutture eorum, et gladii accipites in manibus eorum. Ad faciendam vindictam in nationibus. Psal. 149.

Pluma de plata.—Apuntes históricos sobre el Santuario de Nuestra Señora de Covadonga. Lema: «Quae est ista, quae progreditur quasi aurora con-

surgens, pulchra ut luna, electa ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata? Cant. VI. 9.

Los acesitos a este premio no han podido ser adjudicados.

Nos apresuramos a traducir el siguiente precioso artículo de la *Unidad Católica*, que acabamos de recibir por el correo de hoy:

EL VIEJO PEDRO.

«El Imperio turco se desplomó y los musulmanes antiguos van a ser sustituidos por los musulmanes de la civilización moderna, quienes como los antiguos, y quizá peor, quieren arrebatar a Roma del poder de los Pontífices. A esos modernos musulmanes queremos dedicarle una relación que hace Luis Muratori en su colección de *Escritores de las cosas de Italia*. Muratori en el tomo I, parte 2.ª de esa preciosa colección, insertó un documento escrito por un diácono napolitano llamado Juan, hacia el año 905, en cuyo documento se habla de los planes de los sarracenos para apoderarse de Roma. El ex-ministro Amari, que estudió mucho esta página de la historia y describió el reinado de los musulmanes en Sicilia, no ignorará ciertamente el hecho siguiente:

«Habiendo ido al campo de un emir sarraceno algunos embajadores napolitanos para concertar con él una alianza *federis causa*, el soberbio emir no se dignó recibirlos. Túvulos durante algunos días suspensos entre el terror y la angustia, y por fin les anunció de esta manera sus propósitos: «Vuelvan los embajadores a su propia casa y digan a sus miserables señores, que el cuidado de la Esperia me toca a mí sólo. Yo sabré arreglar a mi capricho los destinos de sus habitantes. ¿Os atreveréis toda-

vía a esperar que el griegucillo (*græculus* esto es Leon el Filósofo), que el débil franco (*franculus*, ó sea Carlos el Gordo) podrán resistir a nuestras armas? ¡Oh! ¡yo sabré enviarlos a ellos y sus tropas a donde no encuentren salvación! entonces aprenderán lo que ahora parece que ignoran; el poder vengador é irresistible de los valientes. Pero ¿por qué he de perder el tiempo con esos perros cristianos? Váyanse inmediatamente y sepan que he condenado a la ruina no sólo a Nápoles y los países circunvecinos, sino también la ciudad de aquel Viejo que llaman Pedro (*Petruli senis*).»

«No os parece estar oyendo las palabras de algún otro emir moderno, y de estar leyendo el discurso de un diputado ó el artículo de algún periodista italianísimo? También Ricasoli y su *Nazione* se ríen hoy del *Petruli Senis*. Mediten, sin embargo, leyendo a Muratori lo que sucedió al soberbio emir. Poco después de aquella fanfarroada se supo que había muerto, y su muerte se cuenta de esta manera:

«Cuando el emir dormía en una antigua capilla de San Miguel Arcángel se le apareció un hombre de venerable aspecto. El emir le repudió vivamente porque osaba turbar su sueño y se desataba en violentas amenazas, cuando de improviso se sintió herido por el báculo que el fantasma llevaba en la mano. Inquieto y trémulo el emir se despertó, llama a sus guardias y ordena que busquen inmediatamente a cualquier romano que se halle en su campamento y que una vez hallado lo conduzcan a su presencia. Yo fui el primero, dice el narrador, que caí en manos de los guardias y fui conducido ante el emir.

«Píntame, exclamó, píntame la fisonomía del viejo Pedro.—No conozco, respondí temeroso, a ningún Pedro.—¡Ah! gritó nuevamente el emir: hablo de Pedro el de Roma. ¿Por ventura no lo has visto jamás pintado?—Poco después le había descrito los rasgos de la fisonomía de San Pedro. —Lo reconozco, añadió el emir; es el mismo, el mismo que me pegó durante mi sueño, cuando estaba meditando la conquista de la Hesperia y principalmente la ruina de Roma.»

Emires modernos pensad en el *viejo Pedro* y temblad. El vela por Roma y por los Pontífices sus sucesores. También el conde de Cavour murió pocos días ántes de haber pensado en la conquista de la Ciudad Eterna. El báculo de San Pedro le hirió, como había herido a tantos otros, comenzando desde Nerón. ¡No IX puede lamentarse hoy, como el Papa Juan VIII en tiempo de Carlos el Calvo, sobrino degenerado de Carlo-Magno: «Todas las rentas de nuestros Estados han sido arrebatadas; no podemos ni defender a Roma ni satisfacer las necesidades de la Iglesia.» También escribía al mismo Carlos:

«Ninguno escucha mis quejas, ninguno viene a socorrerme. Pero el *viejo Pedro* no tardará en mostrar la fuerza de su brazo y el valor de su protección, y los sarracenos modernos, como los antiguos, verán la suerte que está reservada a los que se ríen de *Petruli Senis*.

PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

MINISTERIO DE LA GUERRA.

REAL DECRETO.

Para la plaza de ministro del tribunal supremo de Guerra y Marina que se halla vacante por fallecimiento de D. José Rodríguez Soler, vengo en nombrar al mariscal de campo D. Francisco de la Rocha y Dugué.

Dado en Palacio a diez y seis de Octubre de mil ochocientos sesenta y seis.—Está rubricado de la Real mano.—El ministro de la Guerra, Ramon Maria Narvaez.

MINISTERIO DE FOMENTO.

REALES ORDENES.

Instrucción pública.—Universidades.

Para llevar a efecto lo dispuesto en el Real decreto de 9 del actual dando nueva organización a los estudios de la facultad de filosofía y letras, y con el fin de evitar dudas sobre la inteligencia y aplicación de algunas de sus disposiciones, la Reina (Q. D. G.) ha tenido a bien dictar las reglas siguientes:

1.º Los alumnos que hayan estudiado las asignaturas que se exigen según el programa de la facultad para aspirar al grado de bachiller, hayan recibido este ó estén en aptitud de recibirlo, podrán proseguir y terminar su carrera de filosofía y letras simultáneamente con la de derecho y teología.

2.º Los matriculados en el primer año que simultaneen asignaturas de otra facultad podrán continuar, si así lo desean, en la de filosofía y letras; en otro caso pasarán aviso a la secretaría general antes del 50 del actual manifestando que se retiran de la matrícula, abonándoseles la cantidad que hubieren satisfecho por el primer plazo de la misma.

3.º Los que estén matriculados en segundo año, y con las asignaturas que cursan completan, una vez probadas, las que por la anterior legislación se exigían para aspirar al grado de bachiller, podrán recibirlo; debiendo en caso contrario sujetarse en sus estudios posteriores al Real decreto de 9 del mes actual.

El rector, oyendo al decano de la facultad, resolverá los casos particulares, consultando tan solo aquellos que por su gravedad lo merecieron ó que tengan carácter de regla general.

De Real orden lo digo a V. S. para su conocimiento y efectos consiguientes. Dios guarde a V. S. muchos años. Madrid 15 de Octubre de 1866.—Ororio.—Señor rector de la Universidad de.....

Segunda enseñanza.

En vista de la consulta elevada por los directores de los institutos de esta corte sobre el modo de llevar a debido efecto lo establecido en el Real decreto de 9 del corriente, la Reina (Q. D. G.) se ha dignado dictar las disposiciones siguientes:

1.º Los alumnos matriculados para el presente curso en las asignaturas del primer año de latín y castellano, principios de aritmética y doctrina cristiana é historia sagrada, estudiarán únicamente el primer curso de gramática castellana y latina.

2.º Los matriculados en segundo año de latín y castellano; geografía y principios de geometría estudiarán el segundo curso de gramática castellana y latina.

